

IX ALCANZAR A EUROPA

A la memoria de
Guillermo Bonfil Batalla

Los quinientos años de incorporación de Iberoamérica a la civilización occidental son cinco siglos de experimentos brutales y apresurados para europeizarla, que no han logrado jamás el éxito augurado: ni la encomienda, ni las misiones, ni el clericalismo y el señorialismo medievales de los Austrias, ni de las reformas borbónicas, ni el militarismo bonapartista, ni el capitalismo liberal, ni los caudillismos, ni los intentos populistas o socialistas, ni el estatismo benefactor, ni el desarrollismo (así hayan tenido el cinismo o la inocencia de proclamar “el milagro brasileño” y “el milagro mexicano en la posguerra).

Desde luego han ido añadiendo en capas fragmentarias, caprichosamente amalgamadas, elementos diversos, soluciones parciales que crean conflictos nuevos y problemas de nuevo tipo, al conglomerado, denso y desasido conjunto de modernizaciones o europeizaciones que han venido a conformar irregular y desigualmente la vida latinoamericana.

América Latina es algo peor que una región atrasada: es un caos de modernizaciones, un tachonadero y borroneadero de europeizaciones y norteamericanizaciones, un laboratorio de aprendiz de brujo de todos los grandes modernizadores de cinco siglos, frailes, burócratas del rey, reformistas borbónicos, militares con humos bonapartistas, legisladores y abogados imponiendo ficciones jurídicas (La Ley, La República, La Democracia, La Igualdad, El libre Mercado, Las Elecciones, Los Tribunales, El Congreso, El Federalismo; Los Derechos Humanos, Los Derechos Civiles) en una realidad arcaica que conserva formas tradicionales –aunque muchas veces las conserva a su modo, adulteradas– y adecua caprichosamente lo que azarosamente prende de los modelos impuestos a cada nueva moda.

No ha habido modo en estos quinientos años de alcanzar a Europa –Aquiles jamás se le ha emparejado a la tortuga–, y cuando ya nos andábamos acercando a ella en esto o en aquello (en ganadería o en minas, en cárceles o en conventos, en desfiles militares o en legislaciones republicanas, en endecasílabos o en sinfonías vanguardistas) resultó que –¡otra, y otra, y otra vez! Europa había cambiado y que no alcanzamos lo que ya no existía más; la Europa museográfica de la que los propios europeos y norteamericanos –esos que sí la alcanzaron y tan la alcanzaron que ahora la traen remolcada: Europa como la Mona de Estados Unidos– difícilmente se acordaban, la Europa transcurrida, desechada [pág. 309], olvidada que no tenía otra realidad que la imaginación de los latinoamericanos europeizados.

Cuando la América Latina no sigue fiel o encerrada en sus depauperados y masacrados orígenes indios, es que está atada a la Europa del siglo XVI, o del XVII, o del XVIII, o del XIX, o de 1920 o de 1946. Llegaremos a ser contemporáneos del Occidente de hoy en día cuando Europa nos vuelva a llevar dos o tres siglos de adelanto.

Por desgracia, no se trata de simples carreras, sino de miserias, sumisión, derrotas. Estar atrás de Europa o de los Estados Unidos, o conservarse diferente, no significa sólo rezagarse en la marcha precipitada del Progreso Occidental, sino perder, una y otra vez, en el inevitable trato con ella. La modernización europea y estadounidense es la zanahoria tras la que corremos en vano: el juego consiste en no alcanzarla nunca y en que nunca podamos dejar de correr tras ella.

Hay una historia cruel en esta exigencia de quinientos años de parecerse aceleradamente a un modelo que no se alcanza nunca verdaderamente, sino apenas en fragmentos, en superficies, en mascaradas.

Buena parte de la historia latinoamericana podría describirse como su tragicomedia de convertirse en la Mona de Occidente, sus dengues y fachas para imitarla, sus optimismos y arrogancias de que, ahora sí, ya finalmente la había alcanzado, que ahora sí se “había llegado a tiempo al banquete occidental de la cultura” –Alfonso Reyes–, de que ahora sí ya se era “contemporánea de todos los hombres” –Paz– de los países occidentales predominantes.

Se diría que, incluso, que hay veces en que América Latina alcanza menos a Europa que antes: el Cono Sur, por ejemplo, parece más tercermundista que antes. El caso de la cultura argentina es patético. Creían los argentinos que ya estaban alcanzando a Europa en los años veinte y treinta; en los cuarenta hasta la veían un poco atrás, y se hicieron comités filantrópicos para ayudar a la Francia de la posguerra. Y enfrentaron su “moderno” ejército al inglés, en la guerra de las Malvinas...

¹ Cronista, dramaturgo, ensayista, narrador y poeta. Estudió lengua y literaturas hispánicas en la FFyL de la UNAM. Investigador del INAH. Colaborador de *El Financiero*, *El Nacional*, *El Universal*, *La Crónica de Hoy*, *La Jornada*, *México en la Cultura*, *Nexos*, *Punto*, *Revista de América*, *Siempre!*, *Unomásuno* y en la agencia mexicana NOTIMEX. Becario de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, 1973; y del CME, 1974.

El ejército argentino de otros siglos –debió pensar algún historiador de ese país– era más fuerte contra los ingleses que ahora. ¿Ahora que caso tiene un ejército latinoamericano? No habrá en estas épocas de tecnología más victorias latinoamericanas contra los ejércitos de las primeras potencias. La rebelión militar contra las metrópolis parece ser un lujo del pasado. Obedecer y callar. Hay menos optimismo respecto a las soberanías que el que privaba en el siglo XIX. La subordinación militar, financiera, tecnológica de los países latinoamericanos con respecto a las potencias ha aumentado agigantadamente. Nunca se pudo aplastar más fácilmente –juego de tele, nintendo– a un país latinoamericano como a Panamá en 1989.

PARODIAS Y UTOPIÁS

En 1524 los franciscanos afirmaron que no sólo se podía alcanzar el [pág. 310] cristianismo europeo, sino algo más: se podía alcanzar el cristianismo original, el de la iglesia primitiva, que en Europa ya se había olvidado.

Hay veces que la Mona de Europa, nuestra América, no se limita a gesticular lo obsoleto y anticuado de su modelo, sino también sus utopías – las “invenciones” de América (para recordar el término de Edmundo O’Gorman), el continente imaginado, ideado, modificado para dar cabida a los proyectos, pulsiones, sueños o delirios europeos, del milenarismo a los falansterios, de la tierra de libertadores a la tierra de abundancias señoriales–, es decir, que América se erige en el futuro imaginario del mundo europeo.

Más de una vez, desde los intentos franciscanos de crear el reino de Cristo y la vuelta a la Iglesia Primitiva –que los jesuitas habrán de repetir– hasta las menos verosímiles puestas en escenas de las utopías filantrópicas, socialistas y religiosas de raíz europea, buscarán en América una tierra propicia, una Europa no sólo alcanzada, sino quintaesenciada, depurada, ganada, mejorada, espigada y alzada como un diamante ideal.

Están los escritos franciscanos del siglo XVI, los jesuíticos de los siguientes. Y en pleno siglo XX, durante las dos guerras mundiales, surgieron en todas las regiones de América, incluso en los Estados Unidos, espectaculares intentos en este sentido, ya traídos directamente del viejo mundo, como las en su momento celeberrimas profecías del conde Keyserling –entre otras obras, sus *Meditaciones suramericanas*–, de Waldo Frank, o de plano –y para llegar al nivel más alto– “la raza cósmica” de José Vasconcelos; o bien sectas escatológicas como las proliferadas durante el siglo pasado en los Estados Unidos y que, que con sus tintes variados, no han sido escasas entre nosotros, como la michoacana Nueva Jerusalén de los años setenta y ochenta. Este continente atrasado luce la extravagancia de ser reiterado escenario de múltiples quimeras y mesianismos.

En la primera mitad del siglo, calamitosa para Europa, se habló mucho en los Estados Unidos y en la América Latina de teorías arrogantes que diagnosticaban la decadencia final del Viejo Continente, decrepito como un emperador austriaco, ridículo como sus marquesas y mariscales de opereta, barbarizado por el militarismo alemán y la corrupción de sus élites nobles y burguesas, y predicaban el Continente Joven y Puro, la nueva Europa, virginal y pujante. Tal cosa la predicaban incluso los propios patriarcas culturales europeos, como un Thomas Mann. La habían predicado los franciscanos en el siglo XVI: un Gerónimo de Mendieta (*Historia eclesiástica indiana*).

En los siglos XVI y XVII, los españoles y criollos pensaban que sólo era cuestión de tiempo aclimatar los modos de vida y las industrias “civilizadas” en este reino, el novohispano, que aventajaba en riquezas naturales a los demás del orbe; esta arrogancia creció en el siglo XVIII, cuando se llegó a pensar en la Nueva España, como una próxima potencia mundial, independizada de la metrópoli, que ya se estaría quedando atrás de su colonia.

Luis González y González ha estudiado este despropósito –*Todo es historia*–. Pocas situaciones más tristes y grotescas se han dado entre la “Intelligentsia” americana que la sobrevaloración y de plano la invención [pág. 311] disparatada de sus riquezas naturales, sus cualidades nacionales y sus extravagantemente particulares privilegios divinos – marianos, guadalupanos.

El fondo de la culpa no fue exclusivamente criollo: España, celosa con razón del surgimiento de las élites indianas, ocultó por ley, como secreto de Estado, todo dato estadístico, geográfica, técnico, presupuestal, fiscal, etcétera. Es increíble lo poco que los criollos –aun bien entrada la época de las repúblicas independientes– sabían de sus propios países, en contraste de lo mucho que sabían de Europa.

De ahí a inventar que América –y especialmente México– era una inagotable fuente de riqueza –tontería de origen local, criollo, falsamente atribuida a Humboldt–, donde manaban los milagros divinos o guadalupanos, donde la Virgen no negaba nada a sus mexicanitos preferidos sobre cualquier otra nación, donde se daban los mejores caballos y jinetes del orbe (en este punto, el *Quijote* prestó su pequeña ayuda), donde se alzaban los mayores templos y palacios, donde florecían más especies vegetales que en el resto del mundo –aquí quien se puso el gorro de loco fue Fray Servando–, donde las minas no tenían forma de acabarse y México y el Perú colmaban de plata y oro al mundo entero –lo que no era completamente falso–, donde... La pobre, degenerada Europa, agonizaba y succionaba la riquísima sangre de una América joven, opulenta y soberbia. Este mito/delirio de grandeza produjo principalmente...revoluciones y pobreza –las revoluciones americanas raramente construyen algo, siempre destruyen mucho–. El botín parecía inmenso... ¿quién no quería tomarlo?

Nuestras revoluciones o revueltas americanas han sido generalmente venales. Pero aun las serias, las nobles, las de estatuas de bronce, partían de la idea de redistribuir o repartir una gran riqueza *inagotable*. Hidalgo y Morelos lo creían así, y esa riqueza *inagotable* nunca ha existido. No hay tal.

Es una certidumbre reciente –al parecer, establecida por Daniel Cosío Villegas–, minoritaria, escasamente divulgada, la de que muchos países latinoamericanos son infinitamente más pobres de lo que se propuesto durante siglos: las vastas arideces, las sierras ariscas, los desiertos de México... Hay una atroz desigualdad, pero también hay menos recursos que los que atribuiría el optimismo de la cornucopia americana. En cambio, la Europa occidental de hoy reconstruida, enriquecida...

El mundo fértil, feraz; el cuerno de la abundancia agrícola no está en las tierras latinoamericanas de hoy en día, y mucho menos cuando la explotación intensiva de los recursos agrícolas y mineros, el petróleo, la industrialización salvaje, el ecocidio, la urbanización desmedida, la secuela de siglos de desnutrición, represión y violencia, producen un panorama opuesto a los paraísos delirantes de Colón: el panorama de varias de las zonas más contaminadas y erosionadas del planeta.

¿Quién hablaría ahora de la seca, la decadente Europa; de la promisoría, virginal América Latina? Al cumplir 500 años, los términos se han invertido. Iberoamérica aparece como la vejez de la naturaleza, la suma de errores de la urbanización y la industrialización, los desastres ecológicos [pág. 312] y sociales. Iberoamérica como el espejo feo, caduco, deforme, donde Europa se parodia; aquí el borrador de sus barbaridades y excesos, de sus fracasos y sus renglones torcidos: el lugar donde se echa a perder.

Londres, París, Bonn, Ámsterdam se dan el afluente lujo de erigirse en edenes ecológicos y América Latina es sobre todo un problema: el Golfo de México, las selvas amazónicas, las sierras erosionadas y desérticas mexicanas, las ciudades de miseria y violencia en México, Perú, Brasil, Venezuela, Colombia, Centroamérica... ¿Qué por aquí andaba el paraíso terrenal, la Atlántida, el mundo virginal del primer día?

No: nuestra América aparece hoy en día, más bien, como un experimento fallido de occidente. El único lugar –se diría– donde todo lo europeo salió mal, donde se duda incluso de poder ensayar remedios nuevos. Ya los ilustrados del siglo XVIII hablaban de ello con el argumento inverso: era el continente a medio conocer, a medio formar, donde la creación se había quedado a la mitad y no había producido sino semihombres, semianimales y semiplantas. Contra estas ideas “modernas” tuvo que replicar Clavijero en sus “Disertaciones” (*Historia antigua de México*).

LAS MARCHAS FORZADAS

El criollismo independiente del siglo XIX trató de deshacerse expeditamente de España y alcanzar a las potencias que de veras lo eran: Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, los estados germánicos, hasta que la derrota de 1847 fijó de una vez para mucho tiempo, como una x en la frente, la señal de la humildad.

De 1519 a mediados del siglo XVIII, cuando la implantación de las reformas borbónicas, modernizarse era parecerse a España; a partir de los Borbones, modernizarse era parecerse a Francia y a Austria, incluso a los países protestantes pero nunca a España, un país que se había vuelto “las Indias de Europa”, como dijera Feijoo, o una extensión de África, como se burlaban sus verdugos y malquerientes.

Ser moderno equivalió a desechar también lo español. Trepase al carro sajón de la leyenda negra de España y de la leyenda dorada de Francia, Inglaterra, Prusia y los Estados Unidos, y renegar –abjurar– no sólo de lo indígena sino sobre todo de de lo católico y “feudal” español. España era también la barbarie.

De modo que la culpa se duplicó: no éramos inferiores a Europa sólo por el lado indígena, sino que ahora también por el lado español, que ya no era lo paradigmático sino lo antitético de lo europeo. Daban asco los toros como otrora los sacrificios humanos, las mandas y penitencias católicas sangrientas como los rituales de Huitzilopochtli en otros siglos.

Ya desde Sigüenza y Góngora, pero sobre todo en Clavijero, vemos la queja, la ira, la rebelión ante las “luces modernas” que nos consideraban antioccidentales no sólo por los indios, ni por los mestizos –turbio caldo de razas–, sino aun por españoles. Hispanidad, hasta hace poco, muy pocos años –hasta antes del ingreso de España al Mercomún europeo–, era antónimo de modernidad [pág. 313].

Por sus desventuras, por su pobreza, por su arcaísmo, España a veces casi parecía un pedazo de Iberoamérica en el Mediterráneo. Con la no tan pequeña ayuda de los capitales japoneses, España parece haber logrado –ella sí– alcanzar a Europa. Que sea para bien. La soledad latinoamericana, en cambio, se ha ahondado. ¿Cuántos siglos más de este seguir corriendo como loco para ni siquiera quedar en el mismo sitio, como dijera Baudelaire, sino cada vez más atrás; ese andar cambiando de moda y de identidad a cada rato, para ser cada vez más atrasado, bestia o animal? Las opiniones de los poderosos del Primer Mundo sobre América Latina dejan chiquitos a los teólogos españoles que dudaban de la racionalidad del indio, y a los conquistadores y encomenderos que los trataban como bestias. Los modernizadores del Renacimiento creían sinceramente, al menos, que algo –Iglesia Prometida o Ciudades de Oro– se podía lograr acá; ahora,

es el “subcontinente” irreformable. Pero explotable, con métodos coloniales: trato inferior, a escala brutal, a la naturaleza, los hombres y las instituciones de estos países, que el que se da al propio. Eso es colonialismo.

Curiosamente, a partir de aquella deshispanización borbónica del siglo XVIII, cuando los reyes españoles ilustrados se esmeraron en tratar a sus antiguos reinos americanos como Francia lo hacía con sus colonias, se empezó a hablar oficial y generalmente de los territorios americanos de España como “colonias de ultramar”: el coloniaje, que de hecho empezó desde Colón, sólo cobró su palabra exacta entonces. Cuando se afianzó la modernización borbónica se enraizó el destino colonial de América... y empezaron a la vez, como era natural, las rebeliones anticolonialista.

A mediados del siglo XIX, los liberales de la Reforma, que habían aprendido en las dolorosas décadas anteriores –infinitas guerras civiles, entre países latinoamericanos y contra Inglaterra, Francia, España y los Estados Unidos– el grado de atraso, desgaste e indefensión del México que llevaba 300 años de occidentalizarse, decidieron apresurar la marcha; nuevos frailes impusieron el catecismo liberal del libre mercado, la democracia republicana, la ley liberal, la industrialización y los negocios capitalistas.

En unas cuantas décadas, ahorráis, nos modernizamos: cuestión de aplicarse a la calca del modelo, con mucho orden y progreso: ahí estaban Francia, Inglaterra, Prusia y sobre todo los Estados Unidos.

León Tolstoi vio en Porfirio Díaz el constructor tenaz, mesiánico, casi milagroso, que estaba dando el gran salto (ya para entonces, asunto no sólo americano, sino urgencia de toda la geografía no europea, salvo los Estados Unidos) de la prehistoria o el medioevo latinoamericanos, asiáticos, africanos, tan fuera de época, hacia la civilización y el orden del mundo avanzado, Acaso jamás nadie pueda volver al optimismo porfiriano en cuestión de modernizaciones, ni otro caudillo parezca –de veras, de veras: no mero cinismo electorero– estar logrando algo, y que tal cosa se le reconozca dentro y fuera en la medida en que gozó don Porfirio.

Nadie dudó de que la única ruta fuera las marchas forzadas: acabar con el indio (por lo menos lo que de “indio” quedara en él, mediante la culturización occidental y la mezcla con los blancos); modernizar radicalmente [pág. 314] a América: bastaba con acabar con los americanos y reemplazarlos por europeos, tal fue la única doctrina congruente, y la única que tuvo éxito, pero sólo en los Estados Unidos; acabar también con lo español arcaico (fanatismo, ineficiencia, falta de empuje burgués), e introducir las reglas capitalistas, industriales y democráticas del juego mundial.

¿Nadie dudó? Sí: La mayoría de la población (el 60% de indios, que querían seguir siendo mayas o tarahumaras, y no bostonianos ni bávaros), buena parte del clero (el nuevo orden capitalista no lo privilegiaba en absoluto, ni aun con Maximiliano) y un curioso presidente, Sebastián Lerdo de Tejada, quien por eso de que no siempre se llegaba a buenos resultados en la mezcla de fuerzas tan desiguales, impidió el desarrollo de las comunicaciones ferroviarias entre México y los Estados Unidos. “Entre la prepotencia incontestable y la debilidad extrema, el desierto”, queda como su apotegma.

El dar la espalda a Occidente, otra utopía, no ha tenido ninguna fortuna. No se puede. El mundo es de los otros: no se puede. Nadie es libre para aislarse: no se puede. Aislarse es la locura. Un país que se aísla es un país loco. Al manicomio. Ante la global modernización del planeta exigida desde el siglo XIX por el ascenso de las potencias capitalistas no hay manera de decir no. Latinoamérica y sus indigenismos: manicomio; el Islam: aberración; China: aberración; los nacionalismos africanos: aberración; el comunismo: ¿no qué no? Te modernizas o te modernizas; Aun como colonia, aun como Mona de Europa; debes modernizarte; mendigo, ladrón, narcotraficante, papa. Aquí no se vale decir no juego ni ya me voy; ni paso, ni al ratito.

La utopía aislacionista de los anti o contramodernizadores es muy hispánica. En el siglo XVIII floreció como un poderoso movimiento cultural –el misonismo: enemigo de modernidades– que incluso veía como herética la tendencia liberal modernizante. Al mundo Dios lo había hecho bien, y había que resolver los problemas a la antigua, con los antiguos preceptos e instrumentos. Hay toda una literatura hispánica antiquísima en contra de las modernizaciones. Hasta en contra del Renacimiento, de la introducción en España del estilo italiano de cantar, o de formas germánicas de pensamiento.

En nuestro siglo, ante la escasa participación hispánica en la ciencia y en la tecnología modernas, Miguel de Unamuno lanzó un señorial escupitajo contra la modernización industrial: “¡Que inventen ellos!”, dijo, y se reconcentró en el *Quijote* y en el *Cristo* de Velázquez. Pero no hay modo de no comprar, de no incorporar a lo propio lo que “ellos” inventan: ¿Y con qué se compra toda una nueva civilización? No hay otra vida que vivir en este mundo sino la moderna que “ellos” están inventando: tecnología, conocimientos, instrumentos, utensilios, ideas, pautas y modos de conducta, alimentos, higiene, medicina...

Uno se pregunta una y otra vez: ¿De veras, de veras, hay algo que alcanzar? ¿Es posible alcanzarlo? ¿Es justo? ¿No sale contraproducente? Pero hay voces pragmáticas, no necesariamente desprovistas de sentido común, que sencillamente responden: No hay alternativa. O más drásticamente aún: No nos está permitido elegir [pág. 315].

O con admonitorio dedo de prócer oficial y de empresario contundente: ¡A marchas forzadas! ¡A tirar por la borda todo lo demás! ¡Todo lo que se oponga, difiera, estorbe, distraiga el camino impuesto, es lastre! Nos modernizamos a marchas forzadas o nos hundimos. ¿Sólo los anarquistas les responden: nos hundimos de todas maneras? –Pero los anarquistas son otra modernidad europea de finales del siglo XIX.

Como laboratorio social encomendado a europeizar u occidentalizar a sus países y poblaciones; América Latina no ha logrado mayor éxito en los últimos 500 años; pero tampoco ha sido inmune a estas campañas, algo queda de todas y cada una de ellas por aquí y por allá, en extraña amalgama de paisajes dispares en tiempos y situaciones.

Sería difícil hacer una evaluación: las fallidas modernizaciones efectivamente han traído bienestar a muchos sectores, algunos incluso muy amplios (fábricas, talleres, máquinas, el modo de vida cómodo e higiénico del siglo XX, la medicina, los transportes, las mercancías, la cultura del consumo, y hasta los sindicatos y la crítica de la cultura de consumo, en fin, la cornucopia de la ciencia y tecnología occidentales), pero todo ello conllevado con los apocalipsis de la tecnología moderna, implantada salvajemente, sin los recursos de inspección y cautela de los países poderosos: estallan las gaseras, se contaminan las ciudades, se destruye la naturaleza, el hampa tanto delincuencial como oficial cuenta con armamento peligroso e incontrolado, ocurren matanzas modernas, catástrofes modernas, miseria y violencia modernas, enfermedades y accidentes occidentales, pero mezclado a todo lo que ha permanecido de carencias y problemas anteriores.

La mayor parte de ciudades como Lima, México, Caracas, Santiago, Sao Paulo, de las zonas andinas, amazónicas, de las sierras mexicanas han alcanzado los peligros, los infiernos modernos, como son: un laboratorio perverso donde la occidentalización prolifera desastres modernos, no conocidos, al menos en tal magnitud, en sus países de origen. Latinoamérica, la Mona de Europa y los Estados Unidos, sonríe turísticamente a sus amos y patrocinadores, pidiendo excusas por las heridas, llagas y andrajos en que se les convierten, casi instantáneamente, cada uno de sus proyectos de, ahora sí, llegarle a la modernización industrial y liberal de Occidente.

A MODERNIZARSE POR LA IZQUIERDA

En el siglo XIX, paralelamente al impresionante auge del capitalismo y de la expansión imperialista de Inglaterra y Francia, cobraron importancia los proyectos de experimentación social, los socialismos.

Era posible, habían pensado desde el siglo XVIII algunos filántropos ilustrados, modificar humanamente la historia humana: modificar la pobreza, la insalubridad, el atraso. Era posible civilizar al campesino y al obrero. Estos proyectos cobraron protagonismo con la Revolución de Octubre y con la influencia de las atmósferas socialistas en el pensamiento y la [pág. 316] práctica liberales europeas: la socialdemocracia, el Estado protector o benefactor.

En América Latina también quisimos alcanzar a Europa en este sentido. El nuevo ideal de político, ya no era el caudillo casi virreinal, las altezas serenísimas con presencia demiúrgica, ni los abogados ilustrados en Europa que instituían empresas ferrocarrileras y hospitales y escuelas de beneficencia, sino el redentor social.

Todos los autores liberales: Altamirano, Prieto, Ramírez, Peza, Riva Palacio, Barrera, Sierra trataron de influir en el nuevo proyecto de caudillo, don Porfirio. Don Porfirio decía a veces cosas “izquierdistas” o al menos filantrópicas: que quería industrias y capitales extranjeros para que cada individuo tuviera su parcela y su yunta y creciera la clase media.

En otros países latinoamericanos surgían figuras como Sarmiento, Rodó, José Martí. La modernización por la izquierda se consolidó con el nombre de José Martí.

Pero se confiaba en el Estado, no como un mero administrador, sino como una fuerza redentora. Un Estado diferente del europeo. Un Estado heróico, evangélico, paternal, mesiánico. El de Juárez y don Porfirio: creadores de instituciones, bancos, ferrocarriles, industrias.

Un Estado con un Prócer, simultáneamente redentor y mecenas, empresario y padrino. El héroe de la paz que, como sus antecesores guerreros, se lanzaban al gran asalto, pero ahora de la justicia: vinieron las expropiaciones, las leyes proteccionistas, y en México, con el impulso de la revolución, los proyectos agraristas y obreristas. Los planes de salud y educación. La ardua tarea de alcanzar a Europa ya no se iba a realizar naturalmente, siguiendo el gradual método con que había ocurrido allá: corría prisa, mucha prisa, había que encontrar o abrir atajos –atajos rapidísimo, toboganes del progreso y la liberación–; había que ganar en décadas los terrenos “perdidos” en los siglos y milenios de existencia indígena o hispánica no modernas; esa tarea exigía poderes omnímodos de un gran conductor mesiánico. Y se abre la época latinoamericana de los caudillos “redentores”...

Los nuevos autores liberales de la Revolución trataron de influir en: Villa, Zapata, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas: Vasconcelos Guzmán, Molina Henríquez, Cabrera, Gamio, Reyes, Gómez Morín, Pani, Lombardo Toledano...

Aunque nunca la izquierda ha sido lugar preferencial de los intelectuales poderosos de México (listos ellos, siempre están de mayordomos del amo), el tono redentorista de los liberales se había acentuado notoriamente. Se dio el caso de grandes artistas comunista, socialistas o anarquistas, especialmente en la pintura: Diego, Sequeiros, Frida, aun Orozco.

Y buena parte del público era francamente rojo, con un socialismo muy entreverado con emociones y principios cristianos. Se dio el caso de pronto que los presidentes de la República decían cosas que las embajadas europeas y la norteamericana descifraban como notoriamente socialistas y hasta comunistas. Ese Cárdenas contra el rey de Inglaterra... ¡Y hasta López Mateos, Echeverría y López Portillo molestaban a sus “colegas” de Washington! [pág. 317]

A esta mística no fueron ajenos los demás países latinoamericanos, ni muchos otros de África y Asia: hubo partidos socialistas y comunistas, vías pacíficas y armadas, guerrilleros y legisladores, golpes de Estado y revoluciones. Hubo la Revolución cubana.

Hay en las últimas décadas de este siglo la erosión y la caída de muchos partidos, regímenes, gobiernos, movimientos armados y pacíficos de izquierda, y hasta los meramente populistas o estatistas. Si no se alcanzó a la Bolsa de Londres ni a las fábricas alemanas, tampoco se logró mucha ni muy consistente cercanía con el Partido Comunista Italiano ni con los socialismos europeos. Los nuestros seguían siendo, aun en la izquierda, atrasos tropicales, imitaciones ineficaces y un tanto folklóricas.

LOS DIOSES NO SE MODERNIZAN

Primero clamaron que era el diablo, luego que la animalidad de los indios –incapaces de razón, de verdad, de albedrío– o bien –en versión dulcificada por las *Floreccillas* de San Francisco de Asís, con crípticos mesiánicos de Joaquín de Fiore –su mera inocencia, que su estado de barbarie, o de virginidad anterior a la historia y a la civilización; finalmente que eran unos pinches indios: briagos, irreformables, huevotos, taimados, mentirosos, agarrados como las raíces a un pasado no sólo vergonzoso, pagano y pecaminoso, sino sobre todo anacrónico y excéntrico, ajeno y opuesto a la civilización europea.

No había modo de tratar con los indios mientras no se volvieran europeos. Así llegó la religión cristiana al Nuevo Mundo: a modernizar a los conquistados, una “conquista espiritual” que logró monopolios católicos en casi toda Latinoamérica... pero de un catolicismo, nuevamente excéntrico y anacrónico, ajeno y opuesto al que querían o deseaban practicar los altos teólogos del Vaticano.

¿Cómo acabar con las religiones indígenas? Quemar a los indios, rugen los conquistadores y encomenderos; sólo a quienes se enterquen en la idolatría ya a sus códigos e ídolos, sugieren los frailes –cuando ya los soldados españoles habían acabado con la clase dirigente militar y sacerdotal indígena–; que los niños denuncien a sus padres, las mujeres a sus maridos, cada cual a su vecino; ya no quemar a nadie, sólo latíguenlos, márquenlos, mutílenlos, a menos que de veras se vuelvan rebeldes y empiecen a ver visiones. Los propios frailes lo cuentan, como Sahagún.

El catolicismo triunfó en tierra de indios, pero en gran medida a la manera de los indios: vírgenes indígenas empezaron a parecerse a los vencidos, con extraños santos, cristos y ángeles que no eran sino mezcla apocalíptica de religiones pasadas y de la catequización moderna.

“No se puede, no se puede, no se puede”, se enfurecen, gimen, patean, lloran, rezan, latigan, queman, sacrifican, murmuran los frailes y los clérigos y los obispos. Se puede bautizar a los indios –cuestión de echarles agua, a veces expeditamente, con obispo– ahora, Motolinía no habría dudado en usar manguera de bomberos ni la aspersion desde helicóptero [pág. 318] –sobre multitudes derramadas en atrios y plazas: catolización masiva e inmediata–; se les puede meter en sus excéntricas y anacrónicas lenguas el *paternóster*, el *credo*, el *magnificat*, pero no se les puede modernizar: tienen tratos antiguos con el nuevo dios; idolatrías tremendas con la Virgen y los santos, y hasta con palos y huesos, tienen su catolicismo antiguo que escandaliza a los católicos modernos, o bien, los lleva a buscar una disculpa para los pobres indios antiguos, que caen en la superstición, en la idolatría y en la extravagancia porque son antiguos eternos que no se quieren modernizar, que todo lo retrotraen a edades no occidentales, no europeas, y llegan sangrantes, danzantes, ebrios, emplumados, vociferantes, envalentonados, llorosos, latigantes, a tener vaya usted a saber que prehistóricos tratos con una Divinidad y con unas Figuras Sacras que sólo en apariencia – y muchas veces ni siquiera la apariencia– recuerdan a las europeas.

Y el milagro se hace. Los colonos populares, analfabetos, emigrados de España en busca de fortuna, también traen dentro de sí antigüedades indomables, inmodernizables; poderosos sustratos paganos europeos, anteriores aun a la Edad Media, truculencias medievales, suntuosos restos de rituales moros vienen a trenzarse con el alma arisca de los indios, y surge todo un panteón de cristos bizarros, de ángeles y vírgenes aparecidos de la más extravagante manera, de los milagros más caprichosos, de las órdenes celestiales más dignas de sospecha.

Se dice que el Estado priísta tomó su concepto de Revolución Eterna que a cada sexenio vuelve a subirse al caballo, concepto que duró décadas, del troskismo de la Revolución Permanente. Podría decirse que no. Que al igual que sus antecesores juaristas, los estadistas posrevolucionarios aprendieron mucho de los frailes –la evangelización permanente, que no se logra nunca porque los indios se la roban, se hacen un catolicismo a su manera, y hay que volverlos a modernizar, a evangelizar a cada rato– que los vemos en el siglo XVI, y en el XVII, y en el XVIII, y en el XIX, y hoy mismo a medio día, con que con esta gente no se puede, nomás no se puede la religión moderna, no acatan a los filósofos europeos del Concilio Vaticano, se aferran al obscurantismo de la Contrarreforma, y siguen con sus relaciones embarazosas, vergonzosas, ancestrales, con vírgenes, ángeles, santos y cristos que de veras, parecen cosa pagana.

Hasta el Papa se asombra del catolicismo mexicano –“¿Qué bien saben gritar los mexicanos “?– , aunque la Iglesia, a partir al menos desde su debacle mundial del siglo XIX frente a los liberales y protestantes, que entronizaron incluso en los principales países católicos, ya acepta casi cualquier catolicismo, casi cualquier culto, aún los de de veras, de veras...

¿El cristianismo de Zumárraga es el que finalmente triunfó entre los chamulas, la modernidad cristiana de Motolinía fue de veras la que alcanzó a los huicholes, a los tarahumaras, a los lacandones, a los beatos de la colonia Narvarte o Pensil del Distrito Federal? No, fue otro cristianismo; todo lo poderoso que se quiera pero no aquél furibunda e intransigentemente europeizante que se buscó al principio. Surgió otra cosa: el cristianismo sincrético, lleno de afinidades con el atraso y la pobreza [pág. 319], que se apega al pasado “premoderno”, a las raíces más antiguas de un continente que lleva quinientos años de *no* acabar de europeizarse.

Y ese cristianismo no moderno, modernito por aquí y antigüito por allá, con su mucho de Tonantzin y Tezcatlipoca, de Quetzalcóatl y Coyolxahuqui, y sus acarreo de gitanerías y galas mozárabes, de antiguallas europeas del siglo XVI y XVII, se alza en el Tepeyac, en la nada moderna y nada teológica Guadalupe, a la que el Vaticano negó durante siglos, y tuvo que finalmente reconocerla, coronarla, ensalzarla, y venir con todo el aparato del turismo papal a postrarse a sus pies.

¿El catolicismo guadalupano –o el de Chalma, el de Ocotlán, el de San Juan de los Lagos, etc.– modernizó a México, o más bien México retrotrajo al catolicismo a raíces antiquísimas de sacralidad excesiva y exuberante, que no suelen soñarse en los países modernos, empresariales, industrializados?

CIUDADES DE NUNCA ACABAR

Hay, ha habido siempre, un continuo ajeteo entre mesiánico y apocalíptico en las ciudades mexicanas, que les da un aspecto de vasto conglomerado de épocas y aún situaciones dispares, un fragmentario urbano de múltiples vastas zonas que no se sabe bien a bien si se están empezando a arruinar o si están empezando a modernizarse.

El tiempo, las modas, el dinero, los cambios de poder, los caprichos burocráticos o plutocráticos rara vez se conforman con lo anterior, de inmediato lo echan abajo y empiezan a construir algo que generalmente nunca terminan, aún cuando llegan a hacerlo, no lo terminan bien.

Hay un panorama de ciudades casi ruinosas y casi recién inauguradas, palacetes devenidos vecindades y casuchas ampliadas y engrandecidas. Un mosaico abigarrado donde se amontonan sueños y fracasos urbanos, donde el presente parece más frágil y escurridizo que en ningún otro lado.

La segunda mitad del siglo XVIII, el porfiriato y las décadas del “desarrollo estabilizador” fueron las épocas que mayor tiempo, dinero y poder gozaron para imponer sus panoramas de tezontle, mampostería y concreto; épocas del gran dinero que lo primero que hicieron, sin meditación alguna, fue derribar lo que encontraron.

El gran dinero, ese modernizador bárbaro –el único modernizador, a fin de cuentas, en estos cinco siglos–, no admite construcciones, estilos, espacios, mitos anteriores: se diría que lo humillan, que lo disminuyen.

El minero enriquecido de las postrimerías del virreinato echó por tierra casas y templos de los siglos XVI y XVII nomás porque no eran suyos, no eran de su dinero, no se parecían a lo que el siglo XVIII llamaba grandioso: más destruyeron los propios clérigos del siglo XVIII para deshacerse de la arquitectura barroca en búsquedas de suntuosidades neoclásicas o rococó, que las guerras y demoliciones liberales del siglo siguiente; desde luego, no siempre lograron terminar sus modernizaciones: quedaron truncas, a medias, o recién empezadas y con cuentas por cobrar; buena parte del [pág. 32] escaso vigor contractivo de la primera mitad del siglo XIX se ocupó en remendar las modernizaciones antiguas.

Y entonces llegaron los nuevos modernizadores: los liberales afrancesados, enriquecidos por la desamortización, la administración pública y los nuevos negocios comerciales, fabriles, financieros, mineros, ferroviarios de la República Liberal, a tumbar de inmediato cuanto encontraban.

El odio liberal por las construcciones religiosas menos tenía de religioso que de modernizador; los liberales siguieron siendo católicos, pero querían un catolicismo positivista, casi sajón, perfectamente parisino; un catolicismo de libre empresa, escuela de jurisprudencia y tolerancia de boulevard: de modo que ¿Abajo las construcciones del siglo anterior?, para abrir algunas calles, muy pocas escuelas, hospitales y bibliotecas, y conformar en cambio grandes lotes baldíos para levantar tendajones y viviendas modernizados, que desde luego adolecieron de inmediato de delirios de grandeza, se pusieron a imitar a París, y apenas lo empezaron a lograr cuando ya se les estaba acabando el tiempo, el poder y el dinero, porque había llegado el nuevo siglo, una revolución y una nueva modernización, ahora Norteamérica: grandes quimeras porfirianas quedaron en cimientos (el Palacio Legislativo, que terminó en una plaza con cimentación de acero, el de Bellas Artes), o se volvieron vecindades, changarros, talleres, bodegas –no necesita parecer edificio de boulevard un tendajón de correas y chiles secos. Vimos alzarse y crecer los edificios de cristal y de concreto, que vinieron a resultar muchas veces más efímeros que sus antecesores, aunque parecía que los nuevos materiales y técnicas de construcción aventajaban a los anteriores en resistencia y solidez, nada pudieron contra la especulación urbana y las modas. Nos hemos pasado todo el siglo XX destruyendo casas que todavía tenían mucho que dar de sí para en su sitio edificar inmuebles más rentables, más modernos, más a la moda.

Las ciudades mexicanas son así un cuento de nunca acabar, un apelmazado fragmentario no se sabe si de ruinas o de cimientos, de principios o de Apocalipsis; sólo en algunas la escasez de dinero, libro lo anterior de la picota y de la fiebre de novedades; en otras, recientemente, se han promulgado decretos para conservarles la fisonomía con la que han

sobrevivido. Pero lo general es que nada exista más cambiante, más olvidable, más desechable que una ciudad mexicana: sólo la especulación permanece se diría que es nuestro único urbanismo.

LO QUE USTED MANDE PATRÓN

Muchas veces se ha debatido la invasión y la colonización europea de Iberoamérica como “encuentro” o choque de dos mundos, o como la imposición del vencedor sobre el vencido. Cabría matizar: Europa no se impuso acá tal como era, sino de muy diversa manera: al entronizarse en América, los poderes e instituciones europeos se convertían en otra cosa no europea, sino colonial, prepotente, vasta y salvaje [pág. 321].

Esto fue denunciado desde los primeros tiempos: el destino de América no era finalmente alcanzar a Europa, sino pergeñar un remedo cultural que apenas disimulara los fines reales de la explotación humana y de materias primas, y la creación de sociedades no semejantes a las europeas, sino disminuidas y modificadas, sociedades coloniales.

Un encomendero y luego un hacendado no eran la simple calca de un propietario, noble o rico europeo, sino una exageración monstruosa; la explotación de minas, campos de cultivo, y costas americanas no fue el simple traslado del modo tradicional europeo medieval o renacentista a otras tierras, tal como se ejercía en España, Inglaterra o Alemania, sino empresas diferentes, de nuevo tipo, con una prepotencia e impunidad prácticamente ilimitadas (y eso a pesar de las graves leyes que se fueron dictando contra la propiedad y los derechos de los encomenderos, y a favor de la Corona y el clero), capaces de una explotación material y humana como jamás se había tenido memoria en Europa; el ganapán o burócrata español enseñoreado en América disponía en sus dominios de poderes que los reyes europeos no soñaban ni hubieran querido –como destruir en años poblaciones y terrenos, por mera prisa codiciosa sin freno, conocimientos ni sentido común–, y los ejercía con una arbitrariedad y una impunidad pasmosas, de los que quedan memoria en las quejas de los indios y en las obras de frailes y visitantes.

Una primera creación del modernizador europeo en América fue esta extravagante forma del patrón y del derecho de propiedad, absolutamente no europeos y no modernos; este patrón iberoamericano –encomendero, mandón, cacique, hacendado, estanciero, minero, comerciante– no sólo poseía en propiedad bienes y seres humanos – sus “servicios personales” obligatorios, esa forma perifrástica de la esclavitud –, sino un poder administrativo, político, social, sexual y aun religioso sobre sus siervos o indios encomendados, que no podía librarse de él por motivo alguno sin delinquir gravemente. El patrón era un amalgama de gobernador, evangelizador, padre, padrino, fiscal, confesor, inquisidor, capitán, rey, dios, verdugo o redentor de indios. Y hasta podía comprar cargos políticos y religiosos, blasones nobiliarios: toda la “nobleza” y la “gente principal” novohispana fue pura subasta al mejor postor de títulos de duque, conde, marqués, capitán, obispo, párroco, hidalgo...

La introducción de la propiedad privada, aún en su forma medieval – renacentista limitaba las reglas nobiliarias, de sangre, rangos y jerarquías, en propiedades comunitarias indígenas que no concebían tal propiedad individual sin los poderes políticos, militares y religiosos de sus antiguos gobernantes, creó un monstruo no europeo y no moderno: la prepotencia desmedida y totalizadora del patrón –español, criollo, mestizo, y aún indio mandón o cacique– y la sumisión obligatoriamente servil del sometido.

Hay una forma bárbara de ser rico en Latinoamérica y una forma bárbara de ser pobre, que nada tienen que ver con las formas europeas modernas de la pobreza y la riqueza, del poder y la obediencia al poder, aún en los estadios medievales y renacentista. Y la vemos hoy en día no solamente en los pueblos indígenas de América Latina, sino aún en las [pág. 322] grandes empresas, en los bancos, las industrias; en las cárceles y en las presidencias de las Repúblicas. El burgués en América Latina lo es a lo bruto.

El patrón era el Hombre Blanco en el que se delegaban todos los poderes, a falta de suficiente administración eficaz, se le concedían derechos religiosos, políticos, militares, administrativos, sexuales –el patrón latinoamericano como Pedro Páramo–, judiciales. Nadie ha tenido aquí razón contra este patrón tremendo, ni aún si se logrará –que no fue fácil después de 1560 algún apoyo de frailes “defensores de indios” o de justos visitantes del rey; esa impunidad del patrón ha sobrevivido dos siglos, a la fecha.

Y los criollos no desecharon estas prerrogativas del gachupín, ni de los mestizos de los siglos XIX y XX quisieron ser menos patrones que los otros. La historia de semejante tipo de patrón total y feroz (llegado a la riqueza por las armas, los grandes negocios, la corrupción burocrática, el contrabando, el narcotráfico o el juego de azar, el monopolio de servicios más o menos delincuenciales como los cabarets pocos legales y la trata de blanca, el azar) es contemporánea: se da en el México de hoy en día entre líderes sindicales, jefes policíacos, políticos –empresarios, hasta en los concesionarios del comercio ambulante y de los grandes basureros de la ciudad.

La propiedad privada europea produjo monstruos latinoamericanos que gozan de cabal salud. Los propios europeos desde un Thomas Gage en el siglo XVII hasta cualquier novelista actual, se horrorizan de su creación moderna: el gran magnate latinoamericano. Y eso sin olvidar que la propiedad ha producido mafias, monstruos y escándalos en París, Chicago, Londres, Berlín o Nápoles... ¿pero qué diferencia de impunidades, de capacidad de delito de ejercicio de poder?

Otro tanto puede decirse de las formas de explotación de la riqueza y de los trabajadores, del trato con la naturaleza, los recursos materiales y los pueblos. El pueblo europeo con sus pactos medievales con el señor feudal, existió escasamente aquí (pocas comunidades de indios lograron oportuna y suficientemente hacer valer las confusas leyes dictadas en su favor). ¿Aquí pactos? Pactos, mis güevos, dice el conquistador, encomendero, fraile –encomendero, burócrata–encomendero, hacendado, militar –hacendado, licenciado– hacendado, magnate –financiero, comercial, político o industrial de la actualidad.

La modernidad americana en cuestión de propiedad es el abuso que llegó al genocidio y al ecocidio, al exterminio de los recursos naturales y de hombres en las islas del Caribe, los ingenios costeños, la generalidad mesoamericana –la mayor catástrofe demográfica en la historia de la humanidad–, las minas peruanas, las ciudades españolas con sus espeluznantemente magnificentes y gigantescas construcciones religiosas y de ricos, que eran tan tumbas de sus constructores como las viejas pirámides.

Todo ello creó el servilismo obligatorio –el servilismo del “mande” que bien pronto, cínicamente, se utilizó en contra de los propios indios como si les hubiera sido consubstancial y no ordenado a latigazos [pág. 323]. A los indios, que primero fueron monstruos y servidores del diablo, luego semibestias o menores de edad, no les quedó finalmente más recurso “que hacerse el indio” para sobrevivir, y sólo así lograron hacerlo, lentamente, cuando la población indígena –transformada totalmente en su gran mayoría– empezó a reponerse demográficamente a fines del siglo XVII. Sólo sobrevive el indio que se “hace el indio”, se opaca, ¿mande usted?, besa la mano, lo que ordene su merced, niño, niña, patroncito, patroncita. No fue pueblo lo que se creó aquí de los vencidos, sino una masa obligatoriamente servil, que todavía vemos hoy en día, con fugas desesperadas de ese servilismo: del alcohol a las revueltas.

Este no pueblo fue acusado posteriormente de ser el gran obstáculo de la democracia. Esos descendientes casi orientales del bárbaro Moctezuma no actuaban como ciudadanos, Y los mandones de nuestra historia –gachupines, criollos, mestizos, hasta algún indio aculturado– cuentan con ello. Luego, luego se comportan y hacen nombrar emperadores, altezas serenísimas, presidentes vitalicios, jefes máximos de la revolución...

Patronazos y serviles, como en el famoso edicto del marqués de Croix.

PRELADOS FEROCES

El segundo jinete de la occidentalización de América fue el cura. Extraños ministros del señor envió Europa al Nuevo Mundo; primero como curas-soldados, entre la tropa y luego como frailes-antiencomenderos, como redentores de indios y mesiánicos propulsores de una civilización milenarista que era, al mismo tiempo, una vuelta a los imaginarios orígenes del cristianismo y de la humanidad misma.

El cristianismo que llegó al Nuevo Mundo era el que normalmente se daba en el Viejo; sino otro, armado para la conquista terrenal o el Milenio, cargado de privilegios del papa y del rey, y en los prelados se confundían, como Motolinía y Zumárraga, poderes de la Corona, del papa, de la inquisición, de las utopías franciscanas, de la restauración católica contrarreformista.

En consecuencia, se creó en Iberoamérica un clero y un catolicismo peculiares, diversos de los europeos; aquí, mucho más ricos (llegaron a poseer la mitad de los campos y los edificios de la Nueva España y fueron la gran Banca incluso en la época de Maximiliano), mucho más poderosos (retaban a capitanes, encomenderos, visitantes, virreyes e incluso a los obispos que no accedían a sus intereses locales, como ocurrió con la pugna poblana de los jesuitas contra el obispo poblano Juan de Palafox y Mendoza), mucho más prepotentes y violentos.

El clero fue en realidad la verdadera estructura administrativa y social de la Nueva España, a un grado tan monstruoso, que no fue Juárez, sino los propios reyes de España, los Borbones, quienes iniciaron sus reformas para recortarle el poder, y no lo lograron, las reformas de Carlos III no se concluyeron sino –y muchas veces meramente en la letra– con Juárez.

En más de un sentido, las colonias iberoamericanas fueron colonias clericales, tierras de misión, vecindarios parroquiales por la Iglesia [pág. 324]: los bautizos, los matrimonios, los funerales, la confesión y la comunión, las fiestas y los patronos locales –que sincréticamente asimilaron a sus antecedentes prehispánicos–, las leyes y pautas religiosas fueron (señaló Brading) los verdaderos nudos de una sociedad más colonizada en torno al clero que en torno al rey.

De ahí la abrumadora contradicción de que en plena modernidad europea, que caminaba hacia una secularización de una sociedad, su discípula torpe, América, la imitara al revés: clericalizándose intensivamente. El poder eclesiástico fue integral, absoluto, feroz. Cuando los nuevos países latinoamericanos se independizaron de sus metrópolis, descubrieron empero que seguían siendo vasallos del papa, de los cardenales, de los obispos.

En México la lucha fue feroz, y no interesó tanto a la teología –no ha sido un gran país herético– ni a las tradiciones católicas, como a la función terrenal del clero como heredero señorial del rey. La Reforma fue la verdadera independencia de México, la nación se independizó de quien realmente la había gobernado durante tres siglos: su propio clero.

De ahí que se diera la gran paradoja de que un país integralmente católico iniciara su modernidad liberal decretando medidas de castigo a la Iglesia y la libertad de cultos. ¿Libertad de cultos para quién?, pudieron haberse burlado los conservadores hacia 1861, si no había entonces –ni hoy– muchos ateos, protestantes, judíos, budistas ni musulmanes, y desde luego que los liberales no consideraban en la libertad de cultos los resabios de las religiones indígenas –éstas entraban como excentricidad chamánica de la ignorancia y el atraso, como forma degradada o lateral del propio catolicismo–. ¿Para quién la libertad de cultos?

Bueno, principalmente para los propios católicos, que no deseaban liberarse tanto de la Virgen de Guadalupe como de los arzobispos que seguían sintiéndose virreyes y para que los futuros mexicanos pudieran optar por otras religiones o por ninguna, o por lo menos, para que de veras el mexicano fuera libre de ser católico, y no compelido; y supiera que podía ser otra cosa, si quería. Para que el alto clero no siguiera poseyendo el catolicismo como su monopólica y arbitraria propiedad. Para liberar al cristianismo de sus preladados feroces.

Persiste el resabio medieval o prehistórico de que las naciones latinoamericanas están forjadas en torno a la religión, y hasta a un aspecto de la religión católica, a una Virgen, a un santo. Es común escuchar las “sectas” (no religiones, el clero sólo admite como religión la suya; las otras son subreligiones, como subrazas, meras sectas, casi pandillas) son antimexicanas porque no son católicas, y de que los mexicanos no íntegramente católicos son mexicanos de segunda.

El Episcopado frecuentemente saca a relucir su curiosa lógica democracia del bautismo: como el noventa y tantos por ciento de la población ya está bautizada. ¿Para qué votar? Ya votó masivamente en la fe, “democracia del bautismo” –con cifras superiores a las del stalinismo en sus mejores momentos– por Cristo, que es votar por el papa, por el arzobispo, por el obispo, por el párroco, y de ahí se sigue que la Iglesia [pág. 325] latinoamericana se concede privilegios morales, educativos, de presión política, de terrorismo político, que no ha tenido o ya ha abandonado en los territorios de donde nos llegó.

Durante mucho tiempo se ha señalado que este catolicismo ultramontano de Latinoamérica es uno de los obstáculos que le impiden la democracia. La Iglesia es una monarquía autoritaria, y así desea regir en Latinoamérica –así rigió a México durante tres siglos–. Infalible, indiscutible, sagrada.

Prefiere entrar en trato con los invasores –norteamericanos y franceses– que con los anticlericales o los católicos nacionales poco sumisos.

De ahí el curioso anticlericalismo de un país tan católico como México. Sin embargo, el desastre del estatismo anticlerical ha reforzado el poder y el revanchismo del clero, la vuelta al poder en un espectáculo difícil de observar ahora aun en la propia España.

Muchos católicos creyentes y leales han encontrado difícil, si no imposible, modernizar su religión. Ser católicos modernos equivaldría o superaría en importancia a las utopías de ser indios modernos, ciudadanos de democracias europeas o estadounidense, empresarios u obreros de país industrializado.

Queda el catolicismo contra reformista de oscuridad y mandato brutales, casi bruñeriles, con curas chamanes cargados de poder institucional y órdenes episcopales como ultimátums iracundos.

La religión en Latinoamérica es un terreno especialmente arisco a las reformas, donde los intereses están verdaderamente arraigados y dispuestos no solo a conservarse, si no nostálgicos de poderes seculares. Aquí si, para los clericales, hubo un pasado que fue mejor, y los vemos combatiendo en todos los frentes, y venciendo, aun en algunos tan importantes como las disposiciones de la Organización Mundial de la Salud para el control de la natalidad y la defensa contra enfermedades venéreas y epidemias como el sida; la Iglesia quiere regir la escuela, la ciencia, la ideología, las artes, la moral social, las leyes electorales, –un obispo de Chihuahua quiso cerrar las iglesias como presión electoral, y sólo el Papa pudo ponerlo en orden–, lo que sea.

De todos los conquistadores del siglo XVI, el terrible y perdurable fue el fraile, devenido cura: ese goza de cabal salud, en muchas de sus extravagantes atribuciones originales.

Los propios curas producen anticuras. Una guerra secreta dentro de la Iglesia empezó desde el desembarco de “los doce” apóstoles franciscanos en Veracruz y continúa el día presente; los franciscanos contra los dominicos, los dominicos contra los agustinos, el arzobispo Montúfar contra el provincial franciscano, el obispo Palafox contra toda la Compañía de Jesús, el arzobispo de México contra Sor Juana, los guadalupanistas contra los que dudan que de veras tan hermoso milagro hubiera sido cierto históricamente, los insurgentes Hidalgo y Morelos contra los obispos y los inquisidores, el obispo Méndez Arceo de Cuernavaca contra el nuncio papal Prigione, los burócratas del Vaticano contra los obispos de indios de Chiapas, los capellanes castrenses de generalotes y dictadores como Videla, Somoza y Pinochet contra los curas guerrilleros como [pág. 326] Camilo Torres y los sacerdotes sandinistas; los conservadores woytilistas contra cualquier resabio de la Teología de la Liberación.

Tienen en Latinoamérica la religión y el clero un tufo no moderno, no europeo: una viceralidad, un fanatismo, unos alcances de tiempo tribales, de pirámides aztecas; cualquier arzobispo mexicano está más cerca del poderío del autoritarismo y los modos de un sumo sacerdote azteca del Templo Mayor que de un mero prelado europeo.

¿Cómo hacer de nuestro catolicismo una religión moderna? Algún irónico diría que “nuestro catolicismo se define precisamente por *no* ser moderno. El cristianismo que se practica en países liberales aquí se vería sospechoso de ateísmo, secularismo, o herejía.

Aquí se quieren religiones de Estado, y poderes absolutos a la religión de Estado encabezada por un cardenal o arzobispo. Siempre ha sido así. Por ello en América Latina las guerras de religión (que suelen ser, desde la derrota de los indios antiguos, guerras entre cristianos, y a veces entre puros católicos) suelen ser particularmente violentas: la Reforma, la Cristeada, los enfrentamientos de los católicos y las “sectas” en los pueblos de indios del sur de México, hoy en día.

Hay una prepotencia espeluznante, enemiga a cualquier modernización, a cualquier secularización, en la religión colonizada de América Latina, que ahora nos vuelve “mártires” suyos – y pretende nuestros – a los aliados del fraile y cura extranjeros de la conquista, y verdugos o demonios a los indios que no hicieron sino defender su casa, su mente y sus vidas.

En la basílica de Guadalupe, Juan Pablo II inició la masiva introducción a los altares de los indios serviles al fraile y al cura, de los sacristanes y delatores tlaxcaltecas –“mártires de la evangelización”– que traicionaron a su comunidad, que obedecieron a ese amo ensotado que, con mejor suerte que su monarca, llegó para quedarse.

SOLDADOS Y LICENCIADOS

La creación del ejército, y el entronizamiento militar como figura protagónica hispanoamericana, no provienen de la conquista renacentista –esos soldados espontáneos, improvisados, autofinanciados, aventureros, que fueron los conquistadores– sino de la modernidad borbónica.

A mediados del siglo XVIII la Corona española modernizó a la francesa su administración colonial, y en lugar de curas prepotentes y burócratas ineficientes quiso un aparato de empresarios y soldados.

Los criollos fueron particularmente entusiastas de esta nueva creación de la modernidad: antes, tenía que destinar buen número de hijos –no podían repartir las herencias entre tantos descendientes– al clero, ahora podían destinarlos a la carrera militar, en la que sin embargo ocuparían durante décadas los rangos subalternos, pero que –una vez obtenida la independencia– daría lugar a esa monstruosidad latinoamericana, el caudillo-generalote: los Iturbide, los Santa Anna, los Miramón, los Porfirio Díaz, los Álvaro Obregón [pág. 327].

Durante más de dos siglos se había evitado un gran ejército formal en la Nueva España. Se conformaban las tropas con los propios pobladores españoles y criollos, cuando había necesidad, se les deshacía de inmediato. El virrey no necesitaba soldados más que para desfilar suntuosamente: era obedecido sin cuarteles, o en todo caso combatido a través de los propios conductos de la administración, como los visitadores.

No hubo grandes hechos de armas antes de las guerras de independencia en América, porque no había grandes instituciones armadas, no había ejércitos pero sí había mucha violencia colectiva no militar. La dominación española durante la larga noche militar no fue, para nada, pacífica, como se ha dicho por ahí; fue violentísima, pero sin ejércitos, violencia de patrones, burócratas, curas, capataces, cuadrillas irregulares al servicio de éstos. De cualquier modo, el control y la escasez de armamento moderno y de técnicas e instituciones modernas del ejercicio de la guerra, impidió que aquella violencia tomara las proporciones que alcanzará en el siglo XIX, cuando el tráfico de armamento y el exorbitante prestigio de lo militar hagan de cualquier tontería o pequeña ambición oportunidad de matanzas con las proporciones y consecuencias de las guerras modernas.

Las rebeliones indígenas, los asaltos de piratas, las incursiones de indios salvajes o vagos, los grandes delitos, conjuras de gachupines o criollos, motines de la plebe, y demás irregularidades serias, que se dieron en más de dos siglos, no necesitaron de la milicia; al llamado del virrey o del clero, del cabildo, de las comunidades, de los gremios, de los grandes patrones, la población blanca se las arreglaba para reestablecer el orden, e incluso para atreverse a expediciones por tierra y hasta por mar. El clero tendía sus redes de control efectivo hacia todas partes. Los patrones, las comunidades, los gremios, los cabildos, los grandes comerciantes y mineros tendían sus ardua y eficientes redes de negociación.

La novedad borbónica quería una administración más expedita y coercitiva. El ejército convocaba, con mayor relumbré que la Iglesia, las aspiraciones de las familias criollas para sus hijos.

A partir de entonces, buena parte de los muchachos dejaron de ir a los vetustos seminarios y lucieron uniformes de gala. Buena parte de las atribuciones clericales fueron pasando, aun en la época española, al ejército; no asombra pues que, a partir de la Independencia, los militares se asuman como la fuerza omnipotente de los países latinoamericanos, tanto más cuanto que era la época de Napoleón. Del Mesías como general prepotente e inspirado, de la guerra y de la destrucción como fuentes de fortaleza y reivindicación nacionales.

El bonapartista capitán mesiánico vino a suceder al cura como sistema de modernización. Alejo Carpentier ha narrado como América la hizo de Mona bonapartista en el Caribe –*El siglo de las luces, El reino de este mundo*–, y como cada país, cada región, cada pueblo tuvo su Napoleón local.

A la clericalización de los primeros dos siglos de la colonia; siguió, como primera sucesión secular, su militarización: los países latinoamericanos crearon su independencia en un siglo guerrista [pág. 328].

Lo que nos trajo la modernización bonapartista fue la guerra moderna: “el sonoro rugir del cañón”, los golpes de Estado a cada semana, las salvajes guerras entre regiones de pronto inventadas como “naciones” —particularmente salvajes en el Cono Sur: Paraguay, Perú, Bolivia, Chile, Argentina..., o entre generales idiotas o corruptos que fabricaron las más minuciosas y terribles parodias bonapartistas, como el general Santa Anna en México.

El machismo militar suplantó (sin desplazarla del todo) a la Iglesia como fuerza continental. Ahora reluciente de charreteras y medallas, exhibiendo sus virtuosismos de jinete, el criollo latinoamericano —y luego el mestizo— se convertía en el conquistador de sus semejantes, en el nuevo gachupín de los indios, el nuevo virrey de todos. Proliferaron las guerras civiles de opereta y las tragedias descomunales (las invasiones francesa y norteamericana a México), la destrucción a la moderna.

¿Ya sin rey, quién era dueño de qué? El militar más macho. Iturbide fue un emperador de soldadesca, por la sencilla razón de que no existía otra forma de elegir gobernantes en México ni de llegar a un consenso. Napoleón III también lo fue. Pero si en Europa hubo fuerzas capaces de frenar y finalmente someter el militarismo que ella misma había inventado, y luego exportarlo a sus colonias y ex colonias, en América no aparecieron. Ni siquiera el clero, que se aliaba a los generales vencedores, aunque fueran los de los invasores ejércitos extranjeros, como ocurrió varias veces en México.

Parecía que la América Latina había nacido a la vida independiente con la maldición de la modernidad militar, y que no tardaría en destruirse a sí misma; entonces, cuando ya todos los generales se hubieran matado entre sí; y todas las guerras, rebeliones, motines y golpes de Estado hubieran acabado con la riqueza acumulada en tres siglos de administración colonial, se concedería que estos territorios no estaban maduros para la vida soberana, y regresarían al coloniaje, ahora con nuevas metrópolis. Tal pesimismo fue generalizado a lo largo del siglo.

¿Cómo acabar con la anarquía militar, sin emperadores ni reyes-arzobispos? Los Estados Unidos y la Revolución francesa ofrecían la gran novedad del sistema republicano. Una república no cesarista. Un Estado, una ficción política, un intrincado laberinto de leyes.

Durante décadas, este proyecto legalista parecía más bien un fantasma de abogados delirantes; resultaba más sólida y expedita la voluntad del general vencedor en turno. En México, fue necesario perder la mitad del territorio nacional, sobrellevar medio centenar de golpes de Estado y rebeliones, llegar el encarnizamiento interno de los liberales contra los conservadores y los clericales contra los republicanos, para que la opción militar —después de haber sido vencida tantas docenas de veces, y a tal precio— quedase derrotada por lo que quedaba: el abogado de traje con el culto a esa palabra nueva. La Ley, como diosa laica...sólo para durar menos de una década; todavía no se cumplían diez años de la restauración juarista de la República cuando se entronizó el nuevo César, a la prusiana: don Porfirio [pág. 329].

SUSTITUCIÓN DE ENCOMENDEROS

No pocos de los desastres latinoamericanos pueden ser rastreados a sus orígenes colonialistas, a la implantación en este continente de perversa, tremendas parodias de las sucesivas modernizaciones europeas.

Sin embargo, y sin olvidar que la presencia colonial europea y norteamericana ha continuado por medios bélicos, financieros, científicos, tecnológicos, políticos, diplomáticos, legales, industriales, comerciales y de todo tipo, no puede desconocerse el hecho rotundo de que los países latinoamericanos están por cumplir su segundo siglo de independencia, y que doscientos años de vida independiente —“más que tiempo suficiente, diría Salvador Novo, para que hasta las calabazas maduren”— pese a invasiones y presiones norteamericanas y europeas, pese a todo, son bastantes años como para conformarse en la queja simple del colonialismo, de la presión y de la influencia de esas metrópolis. Doscientos años son muchos años —son toda la historia de la nación azteca, y dos terceras partes de la novohispana— para seguir renegando de Hernán Cortés. Si seguimos en el subdesarrollo hacia el año 3000 —y al paso que vamos, no hay modo de garantizar lo contrario—, ¿les seguiremos echando la culpa a Pedro de Alvarado, fray Juan de Zumárraga y La Malinche?

Acaso lo peor de esas modernizaciones —de esas colonizaciones, que es el perfecto sinónimo— ha sido la creación de un gólem interno, de una Europita local, de unos Estadouniditos regionales. La Mona de Europa. América Latina como el espejo deformante de Europa; donde la historia de Occidente se repite, pero siempre como tragedia y como farsa.

La creación de élites sin verdaderos proyectos nacionales, con evidentes proyectos deliberadamente coloniales, que simplemente se enriquecen a la bárbara manera antigua, introduciendo nuevos métodos industriales o financieros cuando es necesario, para entronizarse dentro —con estatua y todo, a lo Díaz o a lo Somoza— y para enraizarse afuera: con capitales, ideas, principios, cultura, afecciones metropolitanas, etcétera.

No quieren ser burgueses a la moderna —cuesta trabajo, y hay demasiadas leyes del último siglo —sino colonos a la antigua; no los Morgan [pág. 331] y Rockefeller, sino el obispo tal, el capataz cual, el general X, el licenciado Z, el factor Mengano, el aduanero Zutano, el colono de tal por cual. No burguesía local a la manera europea y norteamericana sino

pandilla de colonos ávidos de enriquecimiento rápido, inescrupuloso e impune según la norma latinoamericana.

Las élites latinoamericanas del poder y del dinero, tanto las rancias como las de nuevo cuño, tanto las herederas de viejos prestigios y abolengos como las arribadas al poder a través de rebeliones y demagogia, conservan la visión de Latinoamérica como mera fuente y oportunidad temporales de riqueza. Su patria está en otros lados: París o Miami, Houston o Londres.

Son élites voluntaria y exclusivamente colonialistas, incapaces de ser otra cosa, que buscan la dependencia, la subordinación y la alianza de otros poderes, a los que se esmeran en servir y la gran paradoja es que estas élites suelen encabezar y monopolizar el poder, la riqueza, la cultura latinoamericanas. Hay un dicho español: "El Vaticano en manos de Lutero". La modernización latinoamericana en manos precisamente de aquellos cuyo principal interés está en no alcanzar a Europa, para no perder rentabilidad, impunidad, privilegios, facilidades, prepotencia.

No hay diferencia de identidad entre el encomendero gachupín de otros tiempos y el prócer local de hoy. Si la hubiera, estaría a favor del conquistador y del encomendero. Hernán Cortés en todo caso fue mucho más mexicanista que mucho prócer porfiriano o actual.

Los criollos lograron —o usufructuaron— la independencia latinoamericana más para sustituir a los gachupines que para formar una nación soberana: querían sustituir a los amos, no crear libertades ni instituciones nuevas. No buscaban la libertad ni la patria, sino el poder y la riqueza fáciles e impunes. La Iglesia criolla pretendió reinar sin el estorbo del rey; otro tanto ensayaron el ejército, los comerciantes y los mineros: reinar sin el estorbo del rey significaba reinar sin estorbo alguno... se les olvidó pensar que existían Francia, Inglaterra, Estados Unidos ¡y ellos mismos! ¡sus ambiciones y disensiones locales!

Y los mestizos hicieron otro tanto con respecto a los criollos conservadores y clericales. A fines del siglo XIX, la casta criollo-mestiza de hacendados no tenía otra relación ni otra perspectiva con respecto a la nación y al resto de la población que la de sus antecesores clericales y encomenderos. Y la cadena se transmitió a los indios que llegaron a gozar del poder individual.

El problema fundamental de las no modernizaciones, antimodernizaciones o desmodernizaciones está principalmente en sus élites políticas y económicas, dotadas de un poder local prácticamente absoluto aquí, y generalmente apoyadas por los grandes poderes internacionales.

Y esto no es válido solo con respecto a los regímenes claramente extranjerizantes o derechistas; buena parte de los proyectos que parecían populistas o socializantes, como en el caso mexicano, amplían el espectro.

Mientras continúe en América Latina, por cualesquier medio, desde la democracia postiza (meras loterías electoreras, que producen [pág. 332] presidentes de farsa) hasta el golpismo tradicional, de las juntas de notables e insinuaciones sagradas de nuncios y cardenales a las amenazas más o menos veladas de caudillos, líderes y corporaciones diversas, proseguirá la facilidad de modernizar a lo estúpido; la facultad de grupos, y hasta de individuos prepotentes, de introducir caóticamente novedades o modas en panoramas fragmentarios y apelmazados; de meter reactores nucleares en zonas donde no hay capacidad de controlar ni los semáforos; plantas de petróleo y gas improvisadas al ahí se va que explotan en zonas pobladas; ciudades de rascacielos con cimientos de varillitas y arena en terrenos sísmicos; sistemas elevados de computación en calles donde se apaga la luz a cada rato y porque sí, elecciones a la norteamericana con sistemas prehistóricos de cómputo y de policía; pautas celestiales de cosmética y de consumo entre poblaciones amibiásicas donde cualquier epidemia prende pero ya, así sea el cólera o el dengue, que debieran haber desaparecido un siglo atrás.

Lo que urge es una sociedad poderosa y unas élites controladas. La modernización que realmente exige América Latina es todavía la de la Revolución francesa: la igualdad efectiva de derechos civiles. Igualdad absoluta ante la ley estrictamente observada.

Controlar las manos, las iniciativas, las barbaridades, las estupideces de cualesquier élite. Y que la sociedad decida en qué y cómo y según qué calendario se moderniza.

Quizás, por ejemplo, no esté la desempleada sociedad latinoamericana tan necesitada de ponerse al día en todo tipo de maquinaria que reduce la mano de obra. Quizás hay muchos lujos de modernidad que, de cualquier manera, no podemos darnos; y otros que urgen: salud, garantías civiles, seguridad pública, derechos humanos elementales. Quizás nuestros, escasos recursos admitan mejores inversiones que la simple feria del consumo. Quizás pudiéramos aprender de países como España el respeto y el status legal y de práctica cotidiana a las diversas lenguas que siguen hablándose en el territorio. Y de casi todos los países, aprender el trato a los niños desamparados o trabajadores, a los viejos sin recursos, a los enfermos en la calle...

Hay rezagos y deformaciones en los diversos tipos de modernización practicados en América en el Renacimiento, la Ilustración borbónica, el militarismo independentista, el liberalismo salvaje, los populismos oportunistas. Rezagos y deformaciones que las élites latinoamericanas han querido conservar y que se han permeado incluso a las capas medias y pobres, como el desprecio y la marginación al indio; la situación de privilegio real a corporaciones clericales, políticas, empresariales, militares; la práctica de legalidades irreales y de arbitrariedades evidentes y consentidas en la vida civil; la

división de estamentos, casi de castas, en relación con la pobreza —y con la raza, aunque quiera negarse el racismo latinoamericano—, que hace de los trabajadores latinoamericanos entes totalmente indefensos frente a todo tipo de poder, aun cuando llegan a sindicalizarse o a congregarse de alguna forma, que no es el caso mayoritario [pág. 333].

“Yo soy mi propio obstáculo y me encuentro sin cesar en mi camino; yo soy mi propio obstáculo y me tropiezo sin cesar conmigo mismo”, escribió Chateaubriand; las élites latinoamericanas —incluyendo algunas de izquierda, pero sobre todo las militares, clericales, potentadas, burocráticas, corporativas— son el principal obstáculo para el alcance de Europa que pretendidamente quieren. ¿Lo quieren? ¿Los Somoza, los Pinochet, los Marcos, los Noriega, los López Portillo, los Stroessner querían eso?

Yo creo que no: que las élites latinoamericanas no han alcanzado jamás a Europa ni a los Estados Unidos porque nunca lo han querido. Como sus antecesores encomenderos, quieren un territorio inerte y atrasado donde “hacer la América”, para gastarse las ganancias en Europa y los Estados Unidos. Y un continente atrasado, sin leyes practicadas, sin vigilancia democrática, sin equilibrio de poderes, sin sociedad poderosa y vigilante, es un lugar más oportuno para hacer dinero fácil. Precisamente del atraso de América Latina han surgido los grandes capitales latinoamericanos —y de sus aliados extranjeros—, mucho más fáciles y cuantiosos que los que hubieran podido obtener mediante negocios a la moderna en Alemania o en Japón. Los principales poderes latinoamericanos sólo retóricamente piensan en alcanzar a Europa, al Japón o a los Estados Unidos; su negocio es jamás alcanzarla, porque entonces habría que ser tan eficientes como los alemanes, japoneses o estadounidenses para enriquecerse. Y no como aquí, desde hace quinientos años, espoleando al pobre y al indio.

No es la conmemoración de los cinco siglos del desorden modernizador en América Latina una fiesta del optimismo, pero pienso en un signo alentador: la globalización de la civilización contemporánea acaso, acaso, entre en conflicto con los territorios de privilegio para las élites latinoamericanas, y ayude a ponerlas en orden.

Ese es el primer paso para alcanzar no a Europa, sino siquiera a la vida meramente humilde y decente a la que aspira la sociedad latinoamericana: la abolición de todo tipo de privilegio depredador, y el fin del sistema rutinario que nos vuelve próceres reconocidos, alentados y defendidos por las potencias, precisamente a las élites que prolongan y magnifican el caos regional.

¿Pero acaso esto no suena tan utópico, tan sentimentalmente humanitario como las relaciones de los frailes franciscanos y dominicos que desde el Caribe o la Nueva España denunciaban que el Nuevo Mundo se estaba convirtiendo en el infierno del mundo; el caos de la tierra? A cada conmemoración de la invasión de América corresponderá una reiteración actualizada de los terribles diagnósticos de fray Bartolomé de las Casas, su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* atañe hoy en día a los derechos humanos en Argentina, Chile, Brasil, Cuba, Centroamérica; a la pobreza peruana, mexicana, centroamericana; a la devastación ecológica del Golfo de México y del Amazonas; a las grandes capitales latinoamericanas, a la cadena de desastres en Filipinas. ¿A qué no alude hoy —y muy aumentado— ese “exageradote” de fray Bartolomé?

La diferencia está en que, ahora, hay muchos más culpables internos que antes. Son las élites latinoamericanas —y aun sus clases medias [pág. 334], y la cadena sigue y alcanza a los mandones de entre los pobres —la verdadera prole de los encomenderos. ¿El milagro de Latinoamérica, se dijo a mediados de este siglo, estaba en la sustitución de importaciones? El milagro latinoamericano se empezó a hacer siglos atrás: **sustituimos encomenderos** [pág. 335].